

## 55. En la ardiente Romagna

Lo que vamos a narrar en este largo capítulo nos trae de vuelta a la época tal vez más intensa de la vida apostólica de Gaspar y, podríamos decir, incluso en los lugares más turbulentos del Estado Pontificio: la "ardiente Romagna" según una expresión del mismo Santo.

El Estado Pontificio estaba como socavado por las sociedades secretas. Mientras que en la superficie todo parecía estar tranquilo, la Masonería y la Carbonería derrumbaban el edificio social, ya que entre sus filas aparecían nombres de muchos funcionarios del Estado. Como el Lazio bajo era baluarte del bandidaje, de la misma forma la Romagna lo era para los sectarios. Entre los dos campos de trabajo el más fácil era con los bandidos, porque se trataba de gente sencilla, mal guiadas por la injusticia. Las sectas eran motivadas ideológicamente.

En ese entonces, como ahora, la Romagna se distinguía por las ardientes luchas políticas y el extremismo, para bien o para mal, de las ideas de su gente del corazón ardiente, sincera y generosa. Gaspar, "*terremoto espiritual*" y "*volcán en perenne erupción*" para llevar almas a Dios, comprendía a los habitantes de Romagna, admiraba de ellos incluso el espíritu de orgullo e independencia porque, por experiencia personal, sabía que tales cualidades si bien canalizadas, podían producir un gran bien a la Región. Él, que estaba sufriendo continuas injusticias y tragando bocados amargos por los que lo habrían tenido que ayudar y defender, comprendía que muchos de ellos se habían ido en contra la ley, ya que era mal administrada y privilegiaba solo una determinada clase social. Por lo tanto, como veremos, no solamente admiró ese pueblo, sino que lo amó profundamente.

A principios de junio de 1818, Gaspar se encuentra en la ciudad de Ancona, donde los enemigos "le hacen la vida bien difícil". Pero en nada en comparación con lo que le espera en la Romagna, donde, tras la invitación presionante del Capítulo Vaticano, se apresura para ir. Las primeras "zonas de acción" serán las ciudades de Forlimpopoli y Meldola, cerca de Forlì.

En cuanto llegó la noticia de la inminente llegada de Gaspar, los jefes de las Logias tuvieron una confabulación secreta durante la cual deliberaron la represión violenta del

Santo. Esparcieron astutos emisarios entre los habitantes las dos ciudades para hacer creer que las misiones eran el medio más insidioso ideado por el Papa para descubrir los combatientes de la libertad y hacerlos encarcelar. Los misioneros no eran nada más que espías y Gaspar su líder. *“En nombre de la libertad debemos impedir su venida, y si es necesario, suprimirlos. ¡Sean hombres, fuertes e inteligente y no ovejas!”* era el lema.

Los sectarios, que mandaban a lo largo de toda la Romagna, temían que la llegada de Gaspar desarmara su poder. Para intimidarlo, le enviaron en Ancona cartas amenazantes "hirvientes de insultos y blasfemias". Pero, ¿No sabían ellos que Gaspar conocía muy bien a aquella gente, desde los primeros años de su sacerdocio, cuando por haber fuertemente negado juramento de lealtad a Napoleón, fue encarcelado en las fortalezas de Imola y Rocca di Lugo, y fue objeto de gran admiración y respeto de los ciudadanos? ¿No sabían con cuánto valor se enfrentaba a los más terribles bandidos del Lazio, atreviéndose a entrar en sus cuevas, de aquellas ásperas montañas? ¿Y no sabían siquiera que su mayor alegría sería dar la vida por Cristo?

Temiendo Gaspar más por la vida de sus co-hermanos, los reunió y les leyó aquellas cartas. Se quedaron profundamente sorprendidos y consternados, pero el Santo les hizo entender que tales luchas eran la más clara señal de que Dios los quería en Romagna. Infundió en esas almas tímidas su valor y su entusiasmo. *“¡Nuestra Misión - dijo - es legítima y santa! Ellos nos desafían con puñales, y nosotros iremos a su encuentro con el arma del Crucifijo!”*.

\* \* \*

El 22 de junio se encontraban en Cesena. Aquí una comisión que bajo falsos disfraces de "amigos preocupados por sus vidas y la paz de aquellas poblaciones tranquilas", imploró al Santo no ir a Forlimpopoli, ya que a su llegada se iba a generar un motín con derramamiento de sangre. Don Gaspar respondió: *“Díganles a los que los enviaron y al clero que por esta tarde ingresaremos en Forlimpopoli para dar inicio a la Misión”*.

A media tarde los Misioneros se presentaron puntualmente a la puerta principal de la ciudad, donde, contra todo pronóstico, encontraron el clero, las cofradías y "una

muchedumbre” para atenderlos. Las campanas empezaron a sonar a fiesta y todos cantaban himnos sagrados. Los Misioneros se arrodillaron y besaron el suelo; el párroco dio a Gaspar el Crucifijo y la procesión se encaminó tranquilamente hacia la Plaza Grande, donde había sido erigido el escenario. Gaspar, exultante y con renovado fervor, comenzó con valentía la predicación introductoria. *"Mis amados hermanos de la noble tierra de Forlimpopoli, yo vivo sólo para Cristo y si Él ha dispuesto que en esta ciudad deba dar la vida por Él, es este el más grande honor y la mayor ganancia para mí".* *"¡No, no! ¡Vida, vida!"* - Gritó inmediatamente la multitud. Después él continuó afirmando que sería para él el más grande privilegio morir por Aquel, que dio su Sangre para salvar las almas.

Mientras tanto, entre la multitud comenzó a circular la historia de este santo misionero que había sido encarcelado durante años en las prisiones por haberse opuesto con valentía a la policía napoleónica. El primer sermón y la noticia de las amenazas de los sectarios bastaron a Gaspar para ganarse el corazón de la multitud, que no cesaba de aplaudirlo. Los sectarios, por su parte, por temor a que la multitud en un delirio colectivo los hicieran pedazos, se fugaron. Pero, tanto más se alejaban, más de la voz de Gaspar llegaba clara y fuerte a sus oídos. Se encerraron dentro de una casa patronal, taparon puertas y ventanas, para que el viento no les llevara el eco de su voz tan odiada; se sentaron alrededor de una mesa bien puesta, pero... *"La voz de Gaspar parecía un trueno para sus oídos como la de un arcángel que llama al arrepentimiento, y no querer que la ira de Dios los golpee inexorablemente"*.

No sólo fue la palabra de Gaspar a conquistar al pueblo, sino también su impávido coraje, su honestidad y bondad, la limpieza en el vestirse, la fortaleza frente a las muchas dificultades, la grande sinceridad y franqueza en la aprobación y en la condena, la ardiente caridad, el verlo entre los niños, entre los sufrientes de los hogares y hospitales. Y se preguntaban: *"¿Cómo puede seguir en pie, desde antes del amanecer hasta la noche avanzada y a interesarse de muchas cosas y a predicar más y más veces al día?"* Y ya corría en boca de todos la noticia de las grandes penitencias que Gaspar se imponía, de las vigiliass de oración, y como constantemente invocase la misericordia de Dios para los pecadores y para los que lo amenazaban de muerte.

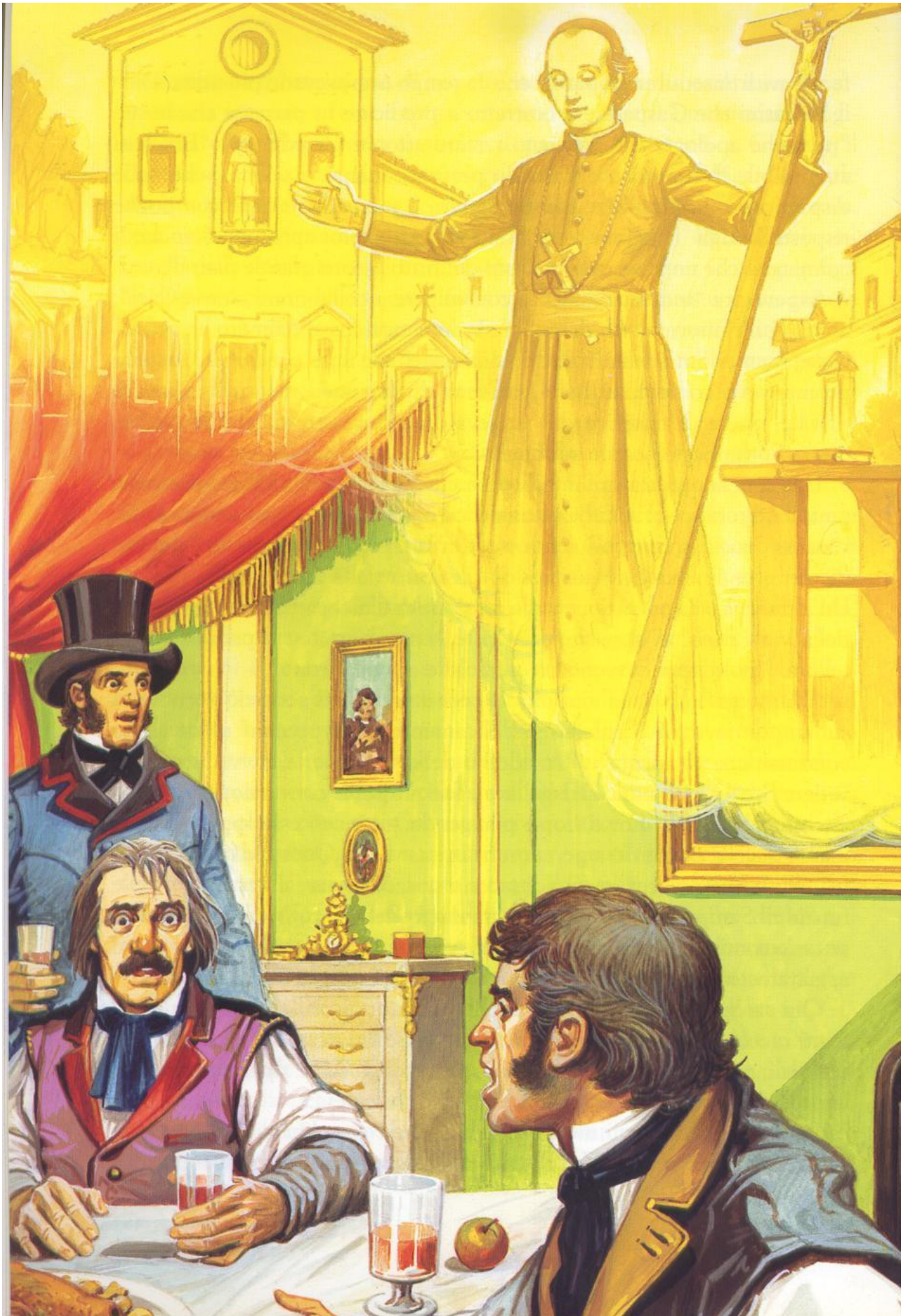
Las crónicas de la época abundan, en todos los detalles, de noticias sobre esta famosa Misión: multitudes delirantes, iglesias siempre repletas, fieles ávidos de escuchar una palabra que desde hace tiempo no oían. Dice el Valentini que Gaspar se vio obligado a predicar en la plaza y que sus *"sermones apologéticos asombraban a sus oyentes"*. *"Era muy admirable el Canónigo del Búfalo en cuanto a dominio y ciencia, que en las disputas privadas y públicas con los sectarios, los silenciaba con pocas respuestas"*. *"Él arrastraba el mismo celo apostólico a los compañeros, que no habían del todo depuesto el temor"*.

Sabía luego "diligentemente involucrar al trabajo el clero y los laicos", para que la renovación de la gente no fuera efímera y superficial. No se limitaban los Padres Misioneros únicamente a los sermones. Gaspar promovía conferencias para toda clase de personas, conversaciones y disputas privadas, obras de misericordia; erigía oratorios y círculos, en una palabra, *"toda Forlimpopoli estaba en fermento"*.

Una noche, el sermón sobre el infierno, concluida con el uso de la disciplina, impactó tanto la audiencia que muchos bien conocidos pecadores corrieron a arrodillarse frente el Crucifijo erigido en el escenario, y no pararon de golpearse el pecho y llorar hasta que Gaspar no les aseguró la misericordia de Dios. Otra noche, luego de la narración de la pasión de Cristo, a través de las estaciones del *Vía Crucis*, al aparecer el Cristo Yacente llevado en el escenario por los integrantes de la Cofradía, *"muchos hombres se desmayaron del dolor y se arrepintieron"*.

*"Una veinteañera muy pecaminosa"* se desplomó inconsciente al suelo; luego repuesta *"confesó públicamente sus pecados"* y *"desde entonces, llevó una vida santa"*. *"Un integrantes de los Carbonarios, recapacitándose, en ver que el Misionero se flagelaba hasta sangrar para la conversión de los que le deseaban la muerte, corrió llorando sobre el escenario y arrancándole de las manos los flagelos, empezó a golpearse en su lugar"*. Este, desde esa noche, fue visto todos los días, vestidos de cilicio y descalzo, llevar el Crucifijo, en las funciones religiosas. Y siempre cuando apareció la estatua del Cristo Yacente, otro muy conocido sectario comenzó a gritar tan fuerte como la voz se lo permitía sus maldades y, arrojándose a los pies de Gaspar, pidió la absolución.

Aquí tendríamos que hacer listado interminable de los maravillosos frutos recogidos en estos santos días: discordias desaparecidas, el cese de públicos escándalos, no más blasfemias y libertinaje, injusticias reparadas.



Refloreó la paz entre las familias y la asistencia a la iglesia. Debido a los continuos movimientos políticos, también los ciudadanos de Forlimpopoli se habían dividido en varias facciones y el odio entre ellos había llegado a la "implacabilidad". Gaspar, "*armado nada más que del Crucifijo, se convirtió en ángel de paz*". Un día, a altas horas de la noche y con gran valentía, sin saberlo el uno y el otro, convocó a los jefes de las diversas partes en una pacífica conversación con él para intentar una pacificación general. Obviamente los dos irreconciliables enemigos, encontrándose inesperadamente de frente, pronto pusieron manos a las armas, pero bastó la mirada y la palabra tranquila y persuasiva de Gaspar para que la escena cambiara, hasta volverse de las más conmovedoras.

Aquellos hombres de corazón duro, que se habían prometido guerra sin fin y habían incitado a sus seguidores a la venganza, se abrazaron conmovidos perdonándose recíprocamente. Entregaron en manos del Santo las armas, rogándole de quemarlas públicamente, y juraron mantener en el futuro a cualquier precio la concordia llegada esa noche y de solucionar cualquier conflicto pacíficamente. En el secreto del corazón, cansados de tantos delitos, se mostraron agradecidos al Santo por darles la oportunidad de hacer lo que todos deseaban hacer durante mucho tiempo, pero que nadie tuvo el valor de hacerlo por primero, para evitar de ser tachado de cobarde.

Un joven bien conocido por la vida galante y lujuriosa, y un anciano al igual conocido por sus vicios, abandonaron la vida de pecado y se encerraron en conventos de estricta observancia. Muchas mujeres de mala vida y causa de pecado, retractaron sus vidas escandalosas y se encerraron en varios monasterios de claustro. Una de ellas, quizás la más conocida, Teresa Bazoli, se encerró en el Monasterio Capuchino de Cesena, donde desgarrándose con duras penitencias, alcanzó un alto grado de perfección, fue elegida abadesa y murió en olor de la santidad.

Una noche, tarde, terminadas las funciones, ocurrió un hecho sorprendente. Lo integrantes de dos Logias se presentaron compactos a tocar la puerta de la casa que albergaba a los Misioneros. El hermano lego que abrió la ventana, apenas comprendió quiénes eran, corrió asustado donde Gaspar implorando: "*Escondámonos todos, nos vienen a matar*".

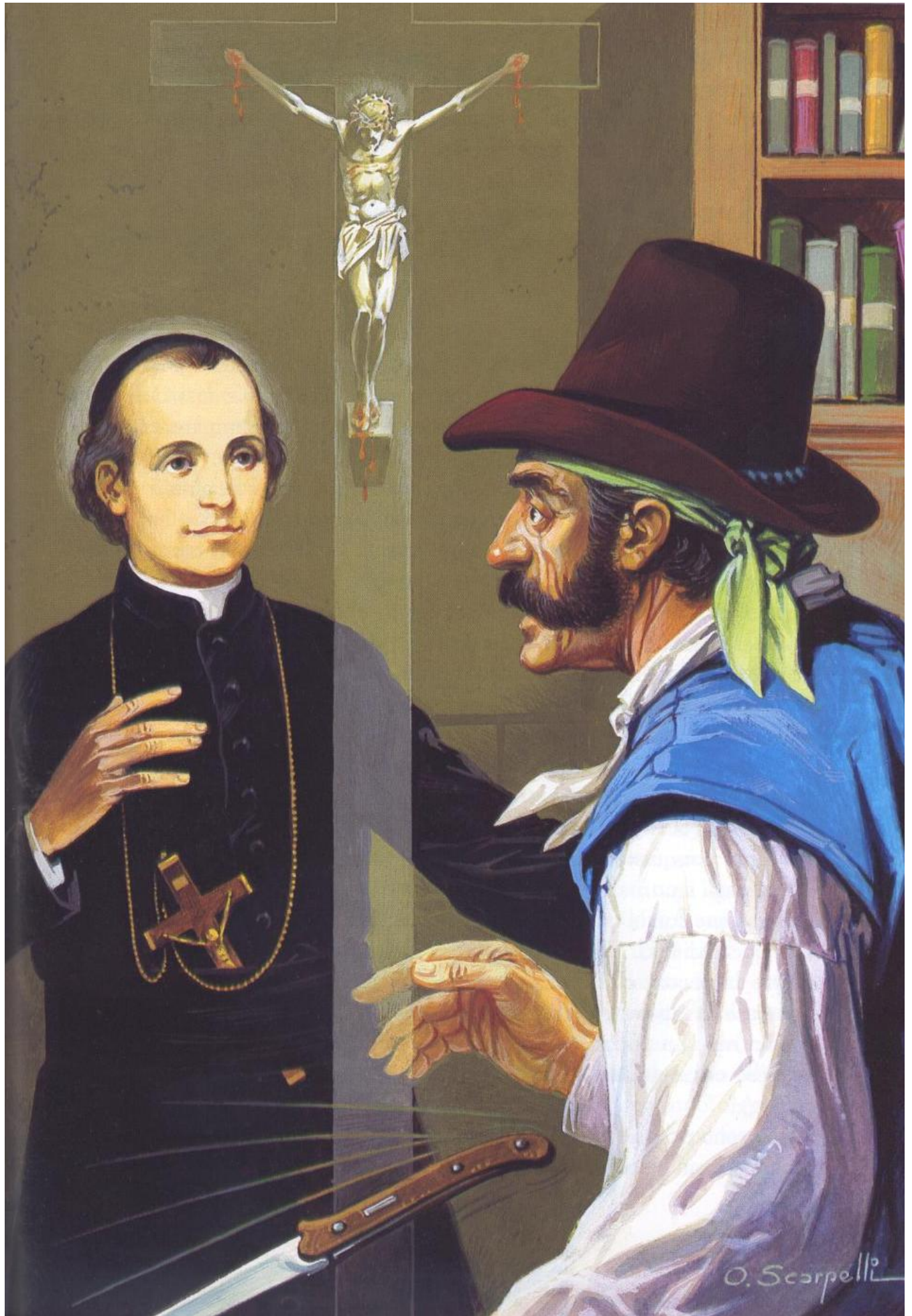
El mismo Santo fue a abrir la puerta y vio que aquellos señores se doblaron con respeto para besarle la mano y le entregaron armas y emblemas, pidiéndole quemarlos públicamente después del sermón. Lo autorizaron decir a la gente de quien las había recibido. Antes de despedirse se arrojaron a sus pies, pidiendo perdón.

La noticia de esta rendición incondicional al "enemigo" no gustó a los Jefes de Forlì, que se encolerizaron y juraron, en completa ira, de deshacerse de ese cura. Ellos no se consideraban mocosos *"como esos cobardes de Forlimpopoli"*. *"La gente se nos escapa de las manos - decían - y deberemos cerrar nuestras Logias, si continúa a este ritmo. Es una afrenta que debe ser aplastada!"* Y pasaron a la acción.

Cuatro de los más feroces asesinos de Forlì fueron enviados a toda prisa a Forlimpopoli, con la orden perentoria de matar a Gaspar y masacrar a sus compañeros. Mientras que tres de ellos se quedaron fuera escondidos en un carro, el más violento, también conocido como "el Verdugo", entró en la casa del conde Giorgio Caffarelli, donde estaban los Padres, y pidió con voz perentoria hablar con el Santo. También estaba presente el canónigo penitenciario de Forlimpopoli don Salvatore Cortesi. Este, al percibir el peligro que corría el Santo, fue rápidamente en su habitación y le rogó que no recibiera a esa cara fea, ya que bien lo conocía y que sin duda había venido a matarlo.

Gaspar lo tranquilizó: *"No tenga miedo alguno, Dios lo envía"*. Fue al encuentro del sicario con su habitual cordialidad, con su rostro irradiante por una sonrisa encantadora y desarmante: *"Venga"* - le dijo, y lo introdujo en su habitación, cerrando la puerta. A los compañeros parecía eterna la espera y al pasar el tiempo les subía la ansiedad. Se esperaban a la brevedad oír un chillido de muriente y la salida del sicario con la daga chorreando sangre. En cambio... Gaspar salió sonriendo y tomando de la mano al asesino conversaba amablemente con él. El llamado "Verdugo" saludó a todos, y se despidió besando la mano del Santo.

¿Qué había ocurrido de tan milagroso en esa habitación? Nos lo relata el Valentini, al que Gaspar contó todo. Mientras que el delincuente levantaba la daga para vibrarlo con violencia en el corazón de Gaspar, se sintió de pronto inmovilizar el brazo por una fuerza misteriosa apenas él le hizo la pregunta: *"¿Quiere confesarse, hijo?"* ¡El arma cayó inofensiva en el piso y el asesino se arrodilló a sus pies!





Cuando los socios vieron que el "Verdugo", dejando la casa se inclinó con la intención de besar la mano del Santo, no creyeron a sus propios ojos. "*¿Propio él, el Verdugo?*" y asustados con rabia frustraron a los caballos y huyeron blasfemando.

Más tarde se supo que el carro había ido a parar en el río, y los tres habían muerto miserablemente ahogados. Ante la noticia, Gaspar se quedó muy dolido y alzando los ojos al cielo, exclamó: "*¡Señor, ten misericordia de sus almas!*" De vuelta en su dormitorio se retiró en la oración.

El último día de la Misión la multitud era enorme. La muchedumbre fue tal que la gente "se amontonó incluso sobre los techos, casi en peligro de colapso". ¡Ventanas, balcones e incluso los árboles estaban llenos de gente! ¡Las llamas de una hoguera de estampas, libros, emblemas, amuletos y armas subieron tan alto! Forlimpopoli no quería que Gaspar partiera, pero también sabía que la vecina Meldola lo estaba esperando. Con lágrimas gritaron: "*¡Vuelve, vuelve!*".

\* \* \*

Meldola no está muy lejos de Forlimpopoli, y la noticia de los sensacionales eventos ocurridos en el lugar no tardó en llegar a la ciudad; no solo, muchos habitantes de Meldola, quién por devoción, algunos por curiosidad, otros para excogitar un plan perverso, ya habían estado en Forlimpopoli.

Obviamente los escépticos y los malignos afirmaban que las maravillas decantadas eran sólo montajes de fanáticos o ilusiones del ingenuo pueblo: "*¡Ahora vamos a ver lo que hará aquí el fanfarrón!*" Desde Meldola también habían llegado al Misionero cartas amenazantes, que obtuvieron sólo el efecto de hacer el Santo más determinado en sus propósitos. Los compañeros, sin embargo, a pesar de haber experimentado la mano de Dios más de cientos de veces, y su protección en contra de las asechanzas de los sectarios, osaron decirle en la cara: "*¡Padre, no está dicho aun que siempre la sacaremos barato! No se debe tentar el poder del Señor*". Gaspar los animó, porque sabía que no todos nacen con la audacia de los héroes: "*Hijos míos, estamos luchando por la gloria de Dios, ¿Como nos podrá abandonar?*".

¡Y aquí está la respuesta del Cielo! El ingreso a Meldola fue uno de los más triunfantes. El Santo conquistó rápidamente los corazones de los habitantes de Meldola. Los habitantes de Romagna, tierra de amores ardientes y tenaces odios a la vez, mostraba apreciar mucho la pasión con la que Gaspar luchaba su pacífica batalla, la misma batalla de Dios. A encabezar la procesión, que pasando por el pueblo se dirigía hacia la plaza principal, estaba el conde Mazzolini de Bertinoro, que, habiéndose convertido durante la misión de Forlimpopoli, vestidos de cilicio, llevaba el gran Crucifijo. La plaza estaba *"rellena como un huevo"*, porque todos querían ver y oír *"al cura que silenciaba los sectarios con tanto coraje"*.

En realidad, fueron propio los sectarios los primeros en convertirse, ya desde la primera noche. Gaspar subió al escenario y afirmó una vez más de estar dispuesto a morir por Cristo y, por lo tanto, no temía amenaza alguna. Advirtió también del riesgo a volverse contra Dios, que *"tarde o temprano se cansa, y de la misericordia pasa a la justicia"*. Aseguró que ni él, ni sus compañeros eran espías e informadores, sino que habían venido a predicar el amor, el perdón y la paz de Cristo.

Gaspar, como sabemos, no le gustaba los chismes y las palabras inútiles, pero iba directo al grano: ¡afuera el odio, las peleas, las venganzas, las armas, las matanzas!

Estaba predicando durante una media hora, cuando de repente se detuvo, como atravesado por un pensamiento... Luego continuó: *"¿Es posible que las dos personas que están entre ustedes y me escuchan y se odian a muerte, y que en este momento, meditan venganza mutua, no escuchan la voz de Dios que toca a la puerta de sus corazones? No, no puedo continuar si antes ellos no se abrazan y perdonarnos recíprocamente"*.

Entonces se escuchó un murmullo entre la multitud... los dos más encarnizados enemigos de Meldola, salieron al encuentro el uno del otro, ya no para acuchillarse, sino por un abrazando sincero. Entre la conmoción de todos, ellos alzaron la voz: *"Juramos ante el Crucifijo de no hacernos más la guerra y vamos a ser buenos amigos para siempre"*. Las crónicas confirmar que desde esa noche cesó entre las dos familias la larga y sangrienta cadena de venganza.

"Si se regocijaron los buenos, los sectario se estremecieron. ¡Peor que esto para ellos no podría ser!" Y decidieron envenenarlo.

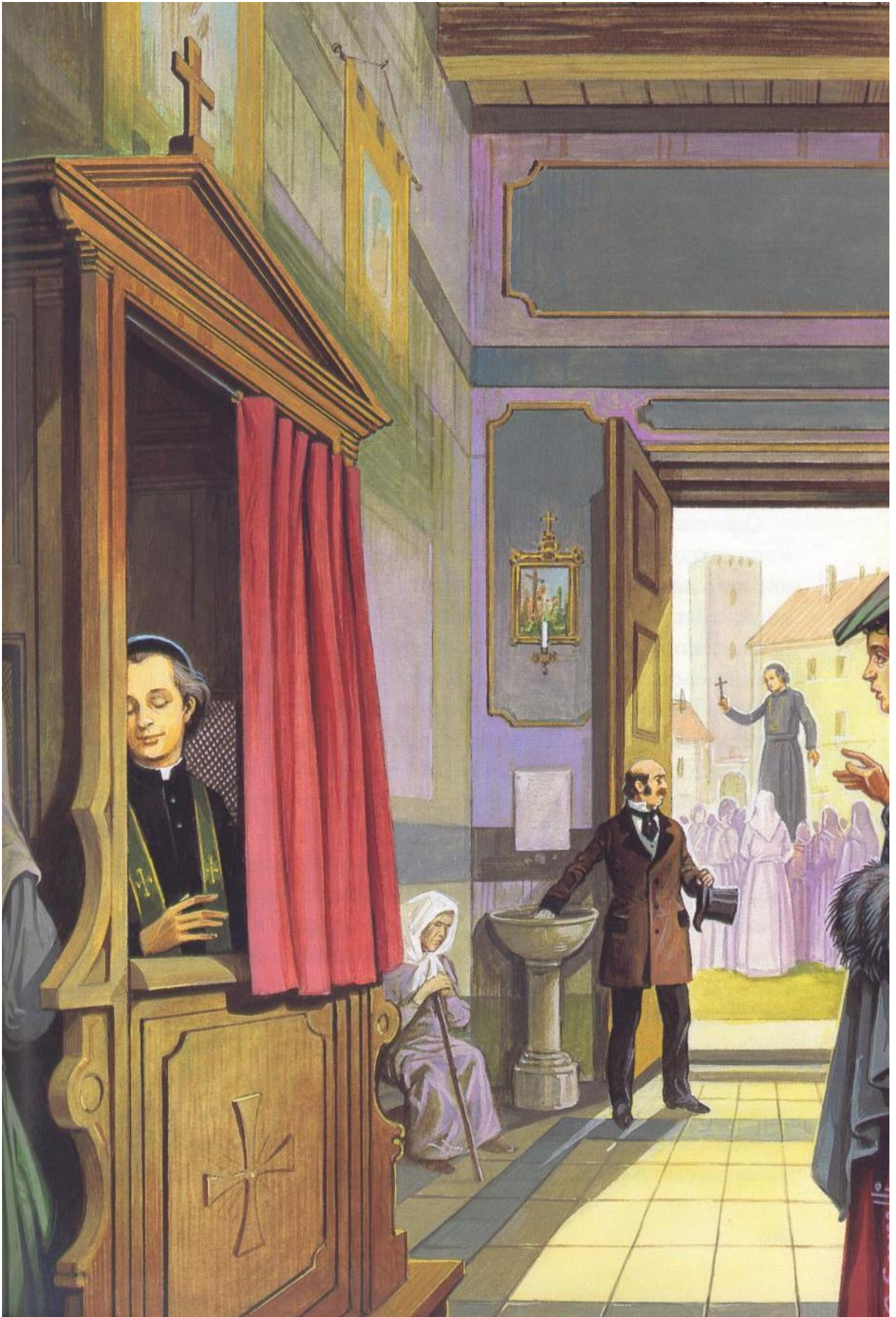
Gaspar antes de cualquier sermón solía tomar una bebida caliente llamada “semata”, una especie de café de cebada de nuestros tiempos. Los sectarios encontraron un farmacéutico complaciente, tal vez inscrito en la secta, que les dio una buena dosis de veneno, y un sirviente de la familia que lo hospedaba, aún más complaciente y malvado, que lo vertió en “semata”. Un joven sirviente de la farmacia arrepentido, en el remordimiento, se apresuró a revelar todo a don Biagio Valentini, quien con el Muccioli corrió hacia el dormitorio, donde Gaspar ya estaba con la copa en la mano, listo para beber. Le detuvieron el brazo: *¡Padre, por amor de Dios, no beba, hay veneno en la semata!* El Santo, imperturbable les dijo: *"Hombres de poca fe, ¿no recuerdan el pasaje del Evangelio? ...y si llegan a beber veneno no les hará daño"*. Bendijo la bebida y la tomó como de costumbre. Los dos estaban seguros de verlo en cualquier momento colapsar al suelo. En cambio Gaspar continuó tranquilamente: *"¿Todavía dudad? Vamos, vamos a ir a la iglesia; ya el tiempo ha pasado y no es bueno hacer esperar a estas buenas personas"*.

El gran prodigio se supo en toda la ciudad y la misión, como es de imaginar, siguió en una buena racha.

Sin embargo los prodigios no habían terminado todavía...

Era tiempo de cosecha y Gaspar se llevaba, cuando podía, en los campos entre los segadores; se sentía sabiendo que aquella pobre gente no podía escuchar al menos una vez la palabra de Dios. Sin duda ellos también habían oído hablar de Gaspar, y cuando lo vieron se sintieron felices. Le convidaron su humilde comida a la hora de cena, y mientras comían, lo escuchaban con gran interés. Aprovechándose del trigo presente Gaspar les contó las parábolas del Evangelio, tan bellas, y ellos las escuchaban encantados. ¡Eran todas cosas nuevas para ellos! Y así llegó también la Eucaristía y los invitó a la iglesia para confesarse y comulgar en cualquier día y en todo momento. No todos aceptaron la invitación del Santo. ¡Maravilla! El grano de los que bien lo recibieron fue más abundante y de mejor calidad del grano de los que lo habían rechazado.

Fueron precisamente los cosechadores a decirle que una joven mujer, tal vez pariente de uno de ellos, yacía muy enferma desde hace algún tiempo acostada en la cama. Se dirigió inmediatamente donde ella, la bendijo con la reliquia de San Francisco Javier, y la enferma de inmediato sanó.



Mientras tanto los ciudadanos de Forlimpopoli, a los que llegaban estas noticias fabulosas, ya no podían quedarse en casa. Recorriendo alrededor de veinte millas de camino, entre la ida y la vuelta, fueron en procesión a Meldola para escuchar de nuevo al Misionero. Además del deseo de escuchar la palabra de Dios, definitivamente había un deseo de presenciar algún milagro o recibirlo; porque, seamos sinceros, ¿quién no lo necesitaría?

Un día, a la mitad de la misión, hubo otro asombroso milagro: la bilocación. Nos lo cuenta don Biagio Valentini: *"Yo estaba con él en esa misión y en la misma iglesia yo también oía confesiones. Mientras cumplía con este ministerio, veía que entraban y salían de la iglesia personas curiosas de ver si el Canónigo se encontraba en el confesionario e iban y volvían de regreso a la plaza para mejor asegurarse de este maravilloso hecho. Habiéndose estas personas, con sus propios ojos asegurados que el Canónigo se encontraba al mismo tiempo aquí y allá, no podían dejar de publicar el milagro, de modo que por estas mismas personas, no menos de aquellas que, mientras él estaba predicando en la plaza, se habían con él confesado y no podían estar en el error, supe a ciencia cierta de la bilocación que se produjo, de la que se habló incluso fuera de Meldola".*

El 26 de julio se cerró esta Misión, tan famosa, con la solemne procesión de un Crucifijo que desde tiempo inmemorable no había sido sacado de la capilla. La población de Meldola se había triplicado por la llegada de fieles de los pueblos cercanos. Un grupo de devotos en el camino de regreso, a noche avanzada, encontró el río Ronco muy hinchado y peligroso debido a una repentina tormenta. Los más valientes, que quisieron intentar el vado, terminaron siendo capturados por las corrientes; los demás comenzaron a gritar: *"¡Santo Padre Gaspar, ruega al Crucifijo, ya que a ti te escucha!"* Los valientes se encontraron, sin saber cómo, arrastrados de repente hacia la orilla opuesta y, del todo ilesos, ¡aunque bien empapados de aguas turbias!

Como era habitual, Gaspar y sus compañeros, a la hora de partir se habían camuflado de algunas formas para no ser reconocidos. Estaban a punto de partir escondidamente a las dos de la madrugada, alcanzando el carruaje que los estaba esperando fuera de la ciudad para conducirlos a Cesena. Fue entonces que salió a lo largo del camino una turba con antorchas y a son de banda. Así procedieron hasta Forlimpopoli. Aquí, mientras tanto, después de haber aprendido de su paso, la población

abrió puertas y ventanas, encendieron velas por todas partes e improvisó una cálida y afectuosa demostración, por lo que Gaspar se vio obligado a subir sobre una mesa y a hablar y a bendecir. También él no pudiendo resistir a tanto afecto, se enjugaba los ojos y repetía: *"¡Volveré, volveré! Ahora dejo aquí mi corazón"*.

Hoy en Meldola, cuando se está a punto de perder la paciencia, se dice: *"¡Yo por sí a caso no tengo la paciencia del Canónigo del Búfalo!"* Y cuando de alguien se pretende que haga muchas cosas a prisa y al mismo tiempo, se oye la respuesta: *"¡No soy como el Canónigo del búfalo que pueda desdoblarme para hacer dos cosas a la vez!"*.

Tres sectarios convertidos lo siguieron hasta Castelfidardo, en Marche, desde donde seguirían caminando a pie hasta Loreto y a Asís en peregrinación de penitencia. Durante esta misión los tres, cada día vestidos de cilicio, se arrodillaban delante de la multitud y confesaban en voz alta sus pecados. A Gaspar no le aguantaba más el corazón en verlos humillándose de esa forma. Los abrazó, los bendijo y los exhortó a regresarse, deseándoles saludables frutos por aquella peregrinación de penitencia.

\* \* \*

En Romagna los sectarios, incapaces de hacer algo y sabiendo que el Santo estaba en Terracina, esparcieron rumores de que había sido asesinado por unos bandidos. Sin embargo los falsos los rumores se disiparon con rapidez por los hechos.

Gaspar en 1819, al regresar de Comacchio, pasó cerca de Forlimpopoli y la población, habiéndolo sabido, salió a su encuentro y lo obligaron cariñosamente a quedarse al menos un día con ellos. Por la noche, repletada la plaza, lo subieron de peso sobre el escenario y le hicieron mucha fiesta, felices de verlo sano y salvo. Gaspar en su sermón, prometió que habría vuelto de nuevo entre ellos.

Aquí se unió una delegación encabezada por el párroco de Canónica, una villa rural de Rimini, que en repetidas ocasiones lo invitó a sostener incluso en su parroquia por lo menos una breve misión. El Santo llegó allí con don Biagio Valentini y don Muccioli "despertando el entusiasmo y grandes frutos de bien". Siendo esa parroquia de pocos habitantes, Gaspar aprovechó para hacer de esta un punto de partida y así satisfacer muchas de las parroquias vecinas, que también lo necesitaban. Durante el día él

permanecía en Canónica y los compañeros salían a los alrededores: a Sogliano, Ciola, Montalbano y otros pueblos. Por la noche, la población de Canónica alcanzaba las veinte mil personas, muchas de ellas en procesión, llegaban de todas partes. "Esta muchedumbre, realmente enorme para aquella época, obligaba al Santo a predicar siempre al aire libre; y el Señor bendijo el celo y el deseo de las almas con renovar los prodigio de la voz que, perdida, regresaba más fuerte y clara, en el momento del gran sermón".

El párroco de Canónica, dado el gran número de confesiones, invitó a varios sacerdotes a permanecer en su parroquia para una ayuda. Entre ellos estaba también don Giuseppe Maggioli, piadoso y humilde. Gaspar quiso que se quedara a comer y pernoctar con los misioneros. Una noche don Giuseppe fue golpeado gravemente por un dolor que lo aquejaba desde algún tiempo, y llegó al extremo. Quiso que fuera Gaspar a confesarlo y a darle la unción de los enfermos, que en esa época tenía el dramático nombre de "extrema unción". El Santo acudió a su cabecera y después de haberlo confesado, lo bendijo y añadió: *"No es tiempo de morir, sino de trabajar por la gloria de Señor. Mañana por la mañana esté puntual en el confesionario"*. En la mañana ya estaba sanado y "no fue una sanación momentánea, porque vivió durante muchos años más sano y robusto".

\* \* \*

En 1822, en el mes de agosto, Gaspar se sintió irresistiblemente inspirado a volver a Forlimpopoli. No eran buenas las noticias llegadas desde Roma acerca de las renovadas hazañas de los sectarios. Cargó con un viaje realmente desastroso "con todo el calor de ese mes de verano". Al no tener compañeros, pasando por Ancona, rogó al arzobispo monseñor Gabriele Ferretti y algunos padres Filipinos de ir con él; ¡no había tiempo que perder!

Los sectarios desde el inicio de la Misión le movieron una fuerte lucha. Durante su primer sermón en la plaza hicieron infiltrar, disfrazadas de hombres, unas muchachas con el fin de sembrar la confusión y dar lugar a escándalo. El Santo desde el púlpito frustró la trampa y la gente regresó entusiasmada a seguir los sermones. Una tarde,

mientras predicaba en la iglesia, hizo ingresar por la puerta principal, con gran solemnidad, la estatua de la Virgen Dolorosa. Tocaron las campanas, las campanitas, el órgano. Los fieles, tomados por sorpresa, lloraron sin cesar y gritaron: "*¡Viva María! ¡Perdón, piedad de nosotros!*"

Dejó la ciudad después de quince días y se repitieron las escenas conmovedoras de la despedida. Una legión de jóvenes, cantando himnos sagrados, acompañó a pies a los misioneros hasta Cesena.

En Pereto, durante la misión de 1827, a la espera de que el clero llegase a la iglesia de San Salvador para escuchar su conferencia, él se quedó en oración ante el altar. Como los sacerdotes entraban, se quedaban encantados en verlo envuelto en un halo de luz, levantado pocos palmos de la predela del altar, con la mirada fija al Ciborio.

Un episodio similar ya había ocurrido en 1824 en Campoli Appennino en la iglesia de Nuestra Señora de Cese, en presencia de los fieles. Estaban presentes allí también las tías del misionero don Domenico Silvestri, Luigia y María, que, justo después de este prodigio, se sintió atraída a la vida benedictina. Tendremos la ocasión de narrar otros episodios similares, pero aquí queremos concluir haciendo una consideración. ¡Sólo la luz y el olor sacerdotal de Gaspar podían ameritar privilegios tan excelsos! Un aroma misterioso que a menudo lo sentían, incluso materialmente, los que se aproximaban a él.

Gaspar no usaba perfumes, pero sin duda ese olor manaba milagrosamente de su alma, que, con palabras de sus confesores y compañeros, había conservado intacta la inocencia bautismal. Por lo que era comúnmente llamado "*El Celestial del Búfalo*".

\* \* \*

Gaspar estaba convencido de que no podía aplazar la apertura de Casas de Misión en Romagna, ya que entendía las necesidades espirituales de esas poblaciones. Cedió a las insistencias de monseñor Marchetti. El obispo, por decreto del 12 de abril de 1824, en el que otorga grandes elogios por Gaspar y su nueva Congregación, entregó a los Misioneros la Iglesia y el monasterio de Santa Clara en Rimini, ya abandonado por la Clarisas; también donó todo su mobiliario y una pintura de la Virgen María, tan querido para él.



Gaspar tomó un cariño muy especial para esta Casa y lo hizo *cuartel general* para la extensa y compleja acción apostólica en Romagna. Así se lo escribió al Cristaldi: *"Aquí la gloria de Dios triunfa... puedo decir que Dios me compensa las amarguras sufridas con el aumento del bien aquí en Rimini"*.

¡Cuántas veces se habrá quedado en oración ante aquel rostro tan expresivo y maternal, que le recordaba las queridas imágenes de la Virgen colocadas en los nichos, siempre adornadas con flores y los exvotos, a los cantones de los grandes palacios de su querida Roma! El que "hablaba con la Virgen", ¿habrá aprendido de ella que, esa imagen, el 12 de mayo de 1854 habría movido repetidamente sus pupilas misericordiosas no sólo por el afecto que tenía para toda la Romagna, sino también en signo tangible de la benevolencia hacia sus Misioneros?

En 1828, Gaspar dejó Roma para permanecer durante dieciocho meses en Romagna. Esta larga e ininterrumpida permanencia daba lugar a incesantes solicitudes de tantos sitios, especialmente de San Felice y Roma, donde hacía falta su presencia por varias necesitadas. A todos respondía: *"Romagna me tiene tan ocupado que apenas alcanzo a levantar cabeza. ¿Cuándo regresaré a San Felice y a Roma? Por ahora no puedo, Dios me quiere en Romagna"*.

Se necesitaría un sinfín de páginas si fuéramos a seguir el Santo en el recorrido de muchos meses. Multiplicando sus energías, no se dedicaba solo a las Misiones populares, sino cuidaba especialmente la reforma y la formación de los clérigos y los institutos religiosos de masculinos y femeninos. Para este fin abrió otras tres Casas: en Macerata Feltria el 28 de mayo de 1832; en Cesena el 29 de Diciembre de ese mismo año, y en Pennabilli el 12 de febrero de 1833.

Al continuó predicar, durante los numerosos viajes en los periodos de mucho calor o invierno, se agregaba el malestar congénito que afectaba sus amígdalas, por lo que la voz se le bajaba y repentinamente el Señor... se veía obligado a intervenir, como tantas otras veces, con su prodigiosa ayuda en el momento de predicar. Así pasó en Soanne, donde se había comprometido con una Misión. Después de haber quedado sin voz, el párroco le pidió retrasar la fecha, pero éste no estuvo de acuerdo: *"Voy a ir yo mismo con mis co-hermanos - le hizo saber - y si no podré predicar, rezaré el Santo Rosario por el*

*éxito la Misión. Mientras tanto, oremos juntos...*" Las plegarias fueron escuchadas, aun cuando terminada la misión, la frágil salud recobro su lugar.

El 3 de junio nos encontramos en Monte Copiolo, donde llegaron también los habitantes de Monte Boaggine, Villa Grande, Maciano, Maiolo, Scavolino. Pensando en Gaspar que recorre, en cualquier época del año y con cualquier clima, a pie o montando un burro, montes, valles, senderos escarpados, debemos exclamar: Sólo un Santo podía obtener tanto de su cuerpo.

El 6 de junio, organizó una gran procesión con el milagroso Crucifijo, muy venerado en Monte Copiolo y en los pueblos vecinos. Todos por igual, clero y pueblo, siguieron la estatua con una cuerda atada en el cuello. Gaspar fue obligado a predicar tres veces, y tres veces se disciplinó los desnudos hombros. Después se supo que había algunos obstinados pecadores, que habían porfiadamente rechazado su invitación a confesarse, y sólo cuando vieron brincar la sangre de su carne, finalmente se rindieron.

Aquí también, como ya en Forlimpopoli, el Santo hizo "aparecer" en la iglesia la estatua de la Virgen Dolorosa con gran solemnidad y de repente, consiguiendo lágrimas de compunción y muchas conversiones. Por eso él decía que *"¡La grande Misionera, la cautivadora de los corazones es Ella!"*

Un día, una poseída, a lo largo del camino, le gritó en la cara casi agrediéndolo: *"¡Ladrón, ladrón de almas, vete ya!"* El Santo, en respuesta, la bendijo liberándola de la posesión de Satanás.

En septiembre lo encontramos en Misano. El párroco de ese lugar, cuando le hablaban de la santidad de Gaspar y de sus milagros, sacudía la cabeza, quizás como muchos lectores de estas páginas. Lo siguió, lo espió, pero no se convenció. *"Sí- dijo - es un santo sacerdote, lleno de celo, como hay muchos, pero nada más"*. Entre otras cosas, se tomaba la libertad de ir a espiar a la cerradura cuando Gaspar, ya tarde, se retiraba en la habitación.

Y una noche, apenas acercado ojo a la cerradura, quedó casi cegado por una luz brillante. Vio el Santo en un halo de esplendor, en éxtasis ante el Crucifijo. No es necesario agregar que desde ese momento cayeron todas sus dudas y ya no sacudió la cabeza, aunque nunca dejó de ir a curiosear, pero con otras.

Desde Misano Gaspar fue a Macerata Feltria, recibido "con una gran júbilo, mientras las campanas se fundían a fiesta, y se escuchaban disparos por todos lados". Allí permaneció durante varios días. Durante la solita visita a los enfermos "sanó de un tumor maligno tal Francisco Pasquini, que estaba atormentado por algún tiempo". Sanó también, tal como lo relata el Merlini, quien fue testigo, el joven Federico Corradini, hijo de un herrero, que era "*furioso maníaco, peligroso, ex carcelero que al llegar el Siervo de Dios estaba amarrado en un cuarto de su casa*". Gaspar fue a visitarlo, lo bendijo diciendo a los familiares: "*Desátenlo y llévenlo libre a mover unos pasos*". Había sanado y nunca más le regresó el mal. El Merlini añade también que Gaspar desde Rimini le envió de regalo un libro, que el joven le pedido.

Pasó también que una poseída fue a la casa donde el Santo estaba alojado y desde afuera "lo llenó de insultos e improperios, acusándolo de falso celo". Gaspar se asomó en el balcón y la bendijo. La pobre mujer se calmó al instante. Aquella calma fue también el signo de su definitiva liberación del Maligno.

\* \* \*

En 1834, Gaspar, como había prometido, volvió de nuevo en Forlimpopoli y Meldola.

Ustedes también, como nosotros, se habrán preguntado cómo es que lo encontramos repetidamente en esas dos ciudades, mientras muchas otras más lo desearían y lo acogerían semejante alegría. En la narración de Las Florecillas no hemos hablado, por razones de brevedad, de los muchos otros pueblos de Romagna donde el Santo fue a predicar; pero, sin duda, estas dos ciudades fueron, por así decirlo, las privilegiadas del Santo y no ciertamente por fines humanos. Estas "eran los baluartes de los sectarios y los carbonarios" de difícil rendición, por lo que Gaspar vio la necesidad de "golpear el mal en sus raíces" y no podía dejar a estas poblaciones a su merced, o que ellos continuaran tranquilamente a derramar veneno desde esas ciudades en toda la Romagna.

Los sectarios, como ya en Fabriano, aquí también le ofrecieron una gran suma en monedas de oro, si los hubiera dejado en paz. Es fácil imaginar el desprecio y rotundo rechazo de Gaspar.

A diferencia de la primera vez, donde Gaspar fue a Forlimpopoli, habiendo pasado unos años, ahora él estaba "profundamente incomodado y daba lástima solo al mirarlo. Pero con coraje, celebró todas las funciones, como si hubiera estado sano, reavivando todos los grupos por él erigidos en las misiones anteriores".

Un maravilloso episodio se dice que se dio en esta misión. En un día de celebración, mientras que Gaspar predicaba en la plaza, además de los habitantes de Romagna, estaban presentes varios alemanes y franceses. Los romagnoles se dieron cuenta que ellos también estaban muy atentos y conmovidos. Curiosos, les preguntaron:

- *Pero ¿Qué entienden?*

- *¡Oh, él habla muy bien alemán!*

- *¡No, no, habla francés!*

- *¿Están bromeando? ¡Habla romagnolo mejor que nosotros!* - Replicaron los locales.

Gaspar en cambio solo hablaba italiano con acento romano, pero todos ellos tenían razón: el prodigio apostólico de Pentecostés se repetía: ¡Cada uno lo oía en su propia lengua!

Pero hacemos narrar los acontecimientos de esa Misión, también para no repetirnos, por el diario de Módena "*La Voce della Verità*", citando algunos pasajes más destacados de la crónica.

*"La ciudad de Forlimpopoli, sólo por la maldad de muchos enemigos del Altar, que en ella por mala suerte encuentran su nido, en poco tiempo se quedó con ese nombre, tanto que las cercanas ciudades como un objeto de escándalo, casi la marginaban. Ahora por fin tuvo la suerte de contradecir tal opinión prejuiciosa con los signos más elocuentes de la religión... y parece correcto que se hable de ello públicamente. Aquellos valiosos sujetos, los misioneros, dejando el clero y toda la población, en llanto sensible y general conmoción, pudieron sin duda verse retribuidos por los frutos de sus fatigas. Fue conveniente salir de la iglesia y construir el escenario en*

*el vasta plaza de la misma. Las buenas semillas, esparcidas en misiones anteriores, no habían sido sofocadas por la mala cizaña de los enemigos.*

*Era agradable escuchar durante las tardes cantar las divinas alabanzas... Fue bello ver como la juventud, sumergida en días de desordenes y delirios.... educada en la escuela de impiedad, retiró el pie de los odiados pervertidores... Esa juventud fue vista corre a decir sus faltas y volver a lo mejor. Bello fue ver a los mismos que se sentaban en las cátedras de la iniquidad, hacerse humildes discípulos y escuchar voces divinas... El turbamiento de ellos se hacía visible por sus externos signos de arrepentimiento.*

*Y aquí no iremos a detallar los esfuerzos de los Misioneros, que suficientemente hablan los confesionarios, tribunales de penitencia, que sin interrupción se repletaron durante quince días. Llenaron las maravillas la solemne Procesión de la Santísima Virgen del Pueblo, patrona principal de la ciudad, la erección entre gritos festivos de la Cruz. Fue suficiente para oír el general tumulto - eran 12.000 personas - incapaces de contener sus emociones y gritos implorantes misericordia, tanto que la ciudad de Forlimpopoli podría apodarse "Ciudad de la Divina Conquista".*

*No menores alabanzas, después que a Dios, se debían al Venerable Instituto de Preciosísima Sangre de Jesús y al Fundador, que dirigía la Misión".*

Meldola también no quiso ser menos. Baste reportar una breve cita del mismo diario.

*"Esta tierra ilustre recordará durante mucho tiempo con dulce memoria las sagradas Misiones. Los Operarios Evangélicos fueron elegidos por el Apostólico Instituto de los Misioneros de la Preciosísima Sangre. Estos celosos e incansables Operarios han sido totalmente correspondidos... el buen Dios, en la abundancia de sus misericordias, ha bendecido sus incansables esfuerzos, dando mucha eficacia a su palabra, que cada corazón ha sido conmovido, cada rostro mojado por tierno llanto... No se puede nombrar la multitud de personas que acudieron de las Diócesis vecinas... Las funciones religiosas han sido las más conmovedoras".*

Por otros documentos podemos relevar también que, tanto en Forlimpopoli como en Meldola, las manifestaciones de afecto hacia el Santo fueron verdaderamente extraordinarias, y extraordinario el número de las conversiones; armas y estampas y

emblemas eran quemados, y hubo episodios conmovedores, hasta de naturaleza sobrenatural.

Lamentablemente, después de estas dos Misiones, Gaspar no tuvo otras en Romagna. Faltaban poco más de dos años a su muerte y el camino a recorrer era todavía muy largo. ¡Incontables almas lo estaban esperando y eran muchas las fatigas, que aún tenía que cargar para consolidar su Congregación! Aunque a regañadientes, él no pudo detenerse por más tiempo en Romagna.

Gaspar, antes de regresar a Roma, se detuvo unos días en Rimini; ¡Necesitaba mucho descanso! Sabiendo que estaba en casa, los Sectarios, no atreviéndose a atentar en contra de su persona - por otro lado en Rímini siempre lo habían respetado - igual por despecho se desahogaban lanzando puñales a la puerta de la iglesia.

El tema favorito de aquellos días con sus co-hermanos fue el Paraíso. Una noche, mirando el cielo estrellado que invitaba a desplegar un vuelo para alcanzarlo, dio a exclamar enfáticamente: - *¡Qué hermoso es el firmamento! ¡Oh! hermosa patria nuestra! ¡Oh! grandeza y bondad de Dios, que la ha creado para nosotros!*

Los co-hermanos todavía estaban mirando el cielo cuando oyeron Gaspar retomar el discurso, como si hablara consigo mismo: - *¡Me salvaré yo?*

Le contestaron: - *¡Si no se salva usted padre, quién se salvará? Usted irá allí por cierto, nosotros, ¿quién sabe?...*

- *¡Pero para ir al Paraíso, es necesario ser santos!*

El Hno. Luigi Falcione, un hombre sencillo y directo, le dijo: - *¡Y usted que se haga santo!*

- *¡Dios lo quiera!* - contestó Gaspar.

La llamada al Cielo no se hizo esperar. En ese entonces él tenía sólo 48 años, y murió unos días antes de cumplir 52.